

DOS POETAS DE HUELVA EN AMÉRICA: JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, CRONISTA; ODÓN BETANZOS PALACIOS, JUGLAR

Por *Estelle Irizarry*

La crónica de Indias y el romance: he aquí dos géneros profundamente arraigados en el suelo patrio de dos autores onubenses que como los aventureros y descubridores de su glorioso pasado histórico y literario, nos enseñan con su ejemplo que la cultura de buena ley se construye sobre el pasado, no lo borra, y que se sigue enriqueciendo con el genio individual de los autores de talento. ¿Quién hubiera dicho que el artista de la «poesía pura» se volviera cronista de Indias, ni que un poeta de gran conciencia cívica, ética y cultural que llegó a Manhattan con el dolor de una España dividida a costas encontrara en el acervo literario romancesco proféticas visiones para una España unida? Ambos poetas, separados de su geografía nativa, lograron mantenerla viva. Poblaron desconocidos mundos nuevos con el verbo poético y con el recuerdo. La crónica y el romance, dos modos de conservar el pasado y transformarlo en presente; de vencer los límites del tiempo y del espacio, renacen con nuevo vigor en dos poetas de Huelva, Juan Ramón Jiménez y Odón Betanzos Palacios. Con estos géneros que en otros tiempos condujeron a España a un Siglo de Oro, los dos poetas onubenses, en distintas generaciones y en distintos lugares de viaje, quedaron ligados a su tierra y a su patria, y españolizan en el Nuevo Mundo con el heroísmo de los descubridores de antes. Realizaron en tierras americanas del siglo XX su suave invasión poética, enseñándonos que las raíces culturales en manos de los grandes artistas aún dan nuevos frutos.

Las respuestas a la separación de la patria son tan diversas como son las personas. Esto se ve con gran relieve en los escritos de dos poetas de Huelva que se encontraron en América: Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico, y Odón Betanzos Palacios en Manhattan. Cada uno utiliza de modo distinto la experiencia de su estancia en estas islas de América, y ambos, al hacerlo, recogen y revitalizan antiguas formas de escribir que provienen de la tradición española. Juan Ramón se vuelve cronista en Puerto Rico; Betanzos juglar en Nueva York.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, CRONISTA

Hay ecos inconfundibles de las cartas de Colón en el proyecto que esbozó Juan Ramón para un libro sobre Puerto Rico en 1953. En una de las versiones del plan, la primera sección, titulada «Descubrimiento», incluiría «De New York a P. R. (Diario *todo* lo de P. R. de 1936» (32). Le seguiría otra parte titulada «Segundo viaje», que comprendería «Imaginaciones y realidades puertorriqueñas». Juan Ramón pasó los últimos meses de 1936 en Puerto Rico y vivió allí desde 1951, tras diez años en

EE.UU., hasta su muerte en 1958: «Mi tercera época empieza en Puerto Rico y ahora estoy en Puerto Rico terminándola» escribe en diciembre de 1952 (107), tres años antes de que se inaugurara en la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico la Sala Zenobia y Juan Ramón (Díaz Quiñones 22).

Juan Ramón nunca llegó a realizar el proyecto, que casi treinta años después (1981) llevaron a cabo Arcadio Díaz Quiñones y Raquel Sárraga. Al leer las selecciones en prosa que integran el volumen no podemos menos de recordar, junto a las cartas de Colón, las descripciones, memorias y relaciones de los cronistas de Puerto Rico: la Memoria de Juan Melgarejo redactada por el Bachiller Antonio de Santa Clara y el Presbítero Juan Ponce de León en el siglo XVI (1582); en el XVII, la carta del Obispo Fray Damián López de Haro (1644) y la descripción del canónigo Diego de Torres Vargas (1647); y en el XVIII, la Memoria de Alejandro O'Reilly (1765) y la extensa *Historia geográfica, civil y política de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico* de Fray Iñigo Abbad y Lasierra (1788). Como todos estos cronistas, Juan Ramón es observador confesado; como nota Díaz Quiñones (26), se describe como observador y «mirón» y «agradable espectador para comentar todo lo otro» (42). Como todos ellos, Juan Ramón escribe sobre el clima y la naturaleza, los habitantes y su carácter, viviendas, vestido, religión, lugares de interés y ofrece opiniones y juicios. Y como algunos de ellos elogia a la mujer de Puerto Rico.

El título del tomo —que es el que Juan Ramón le había destinado— es la primera indicación de crónica. Como los descubridores que bautizaron las nuevas tierras, el poeta español que arriba a la isla le da un nombre nuevo. Así había sucedido en el segundo viaje de Colón, según el informe del físico Diego Álvarez Chanca al Cabildo de Sevilla sobre el descubrimiento de una «isla llamada *Burenquen*, a la que llamó el Almirante *San Juan Bautista* (Caro Costas 26). Y en 1505, Vicente Yáñez Pinzón, otro hijo de Huelva, pidió permiso para poblar la «isla nombrada *Sant Xoan...* en el Mar Océano» (Caro Costas 91) y trajo ganado a la isla de la que fue su primer gobernador. Quedó Puerto Rico como el nombre de la ciudad y San Juan el de la isla, pero en 1530 una carta del Cabildo de la ciudad a Carlos V se refiere a la ciudad como «San Juan de Puerto Rico». Cuatro siglos más tarde el mar de Puerto Rico será para Pedro Salinas «El Contemplado» y Puerto Rico para Juan Ramón la «Isla de la Simpatía». «Te encontré mi nombre —dice—, el que yo debía darte después de los años, isla de la simpatía; y ya nunca te llamaré de otro modo» (39), aunque en otra parte agrega «y del primor».

Se puede decir de Juan Ramón lo que dice Isabel Gutiérrez de Arroyo de los españoles que llegaron cuatro siglos antes: «No hubo síntomas de transitoriedad en el traslado español» (194). Así se siente cómodo Juan Ramón en Puerto Rico: «Esta isla es un país para el hombre que viene» (39) y ofrece sus observaciones como cronista ya residente —«ahora que vivo en Puerto Rico» (45)— y no como mero visitante. Para ser cronista, el poeta introvertido en Puerto Rico sale de su ensimismamiento habitual. Es difícil ser poeta introvertido en el trópico. Y como todos los cronistas, escribe en prosa, pero claro está, prosa juanramoniana, es decir, poética.

Juan Ramón ve su experiencia en Puerto Rico como un «descubrimiento», y su crónica revela rasgos que evocan al Almirante descubridor, rasgos que he señalado en mi artículo «Cristóbal Colón, escritor». El propósito es, como las cartas de Colón, informativo y descriptivo. Colón usa como punto de comparación, España y

sus ciudades: «tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en Andalucía». Asimismo el punto de comparación del poeta de Moguer es su propia tierra. Ve en el carácter puertorriqueño la herencia del «jitano» andaluz llegado desde Palos (49). Le evoca la isla su Andalucía conocida. En «La fuente de la juventud» (1937-39): «En este trópico... mi vida ha sido, es como un retorno a mi angustiada vida juvenil de Andalucía, Moguer radioso y lamentable» (61). «Las calles de San Juan, tan andaluzas» (41). «Tiene la raza andaluza, ¡mi raza!», «tierra gemela de mi Andalucía, que de Andalucía trajo el 'bendito', el 'por eso' y el 'bueno', cuyo carácter incluye el encanto, el misterio y la intensidad, los tres sustantivos que yo le pido siempre a la poesía» [1953] (108).

Y como Colón, en su modalidad descriptivo-reflexiva del tercer viaje (1498), habla del «Paraíso Terrenal». Como nota Díaz Quiñones, Juan Ramón veía a Puerto Rico como Utopía, paraíso terrenal, el *locus amoenus* (23). Esto recuerda la crecienta exaltación de Colón en sus cartas.

Colón continuamente habla de la insuficiencia de su pluma para captar el extraordinario espectáculo: al describir «un árbol, y otras mil maneras de frutas al que no me es posible escribir» (4 nov.) o «gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé ya cómo lo escriba» (24 dic.). Recurre a calificativos de admiración: hermoso, lindo, maravilloso, como así también Juan Ramón, con palabras como «esquisito», «prodijioso», «asombroso», «milagro», «maravilloso», «resurrección», atónito». Juan Ramón, como Colón, acude a las exclamaciones: «¡Qué vistas de nubes, de vientos, de aguas, de luces, qué vistas del mundo!... ¡Qué barco tan provisto de jente, de frutas, de flores, de pájaros para la parada permanente!» (73).

Colón empleó metáforas y símiles muy gráficos: mar en fatiga, mar hecha sangre, cielo que ardió como horno. Juan Ramón, como poeta al fin, lo supera en el arte de la metáfora, que en él es más tierna al ver a los niños como islillas, el niño como imán de todos los colores del paraíso; la isla como un barco y la gente como un vivero humano.

En el caso de Juan Ramón, describir y pintar la naturaleza tropical es un reto formidable para el artista de la pluma o del pincel. ¿Cómo reaccionará un poeta que se caracteriza de sencillo ante la exuberancia de Puerto Rico? ¿Cómo verá el poeta de los colores matizados (mate, malva, oro, verdioro, blanquinegro, como indica Predmore [260-61]) el espectáculo tropical de colores deslumbrantes? La luz es tan fuerte que despierta por la mañana al poeta cuya sensibilidad natural le inclina al crepúsculo, el amanecer y los reflejos de la luz (Predmore 262-63). Puerto Rico es un desafío al arte del poeta. Y Juan Ramón lo reconoce al describir «fastuosos crepúsculos nocturnos puertorriqueños, con tales colores que volverían locos a los pintores italianos y me vuelven loco a mí cada anochecer», «el cielo de imposible descripción coloreada», «luz completa, plena, absoluta de colores y reflejos indecibles» y un «delirio de andares y colores [que] dejan atónitos al que sepa mirar, con los colores en la luz...» (41-42).

La exuberancia de la naturaleza se refleja en la exuberancia de su pluma, que recurre a menudo a la enumeración de «ojos negros, verdes, azules, grises,... tan luminosos, tan imantados, tan derramados». De nuevo, recurre a la enumeración incontenible, de chorro de palabras: «Estas posturas infantiles, estos jestos femeninos, las manos, los brazos de esas manos, los pies, las piernas de esos pies; todo tallos y flores de un tronco intenso, encantador, misterioso» (40).

Si son notables estas semejanzas con el cronista Colón, las comparaciones con los cronistas más importantes de Puerto Rico son aún más acusadas. Algunas, salvando las distancias temporales, son de veras asombrosas. La yuxtaposición de algunos ejemplos organizados según temas ayuda a ver que en algunos casos ha habido cambios considerables en la realidad observada —y en otros, ninguno.

La mujer

«Primero la mujer» se titula la primera «entrada» en la crónica juanramoniana. Las loas de Juan Ramón a la mujer puertorriqueña recuerdan la muy famosa de la Carta-relación del Obispo Fray Damián López de Haro a las «mugeres» encerradas y su «encojimiento» (¡la ortografía aquí podría ser de Juan Ramón!) en 1647.

Fray Damián: Las mugeres son las más hermosas de todas las indias, honestas, virtuosas y muy trabajadoras y de tan lindo juicio, que los Gobernadores Don Enrique y Don Iñigo, decían que todos los hombres prudentes se habían de venir a casar a Puerto Rico y era su ordinario decir 'para casarse, en Puerto Rico' [p. 488] (Manrique 28).

JRJ: La intensidad expresiva, clavadora, de la mujer puertorriqueña me recuerda la de las mujeres dramáticas de Giotto (39)... La mujer puertorriqueña tiene desde niña un doble don natural de mezcla esquisita: los ojos se le clavan en la entrega amistosa, se le quieren ir a otros ojos; pero el ser restante entero se retira, quiere irse del otro, de los otros (78).

Los habitantes

Colón, Carta del primer viaje, febrero 1493: En todas estas islas no vide mucha diversidad en la fechora de la gente, ni en las costumbres, ni en la lengua, salvo que todos se entienden (Caro Costas 61).

JRJ: ¿Dónde puede verse una humanidad tan variada, tan ágil, tan movediza y tan en su sitio? (41).

...humanidad prodijiosa, y con ella su hermosura natural, nuevos temas de poesía y de crítica (108).

Los niños

Abbad y Lasierra: la falta de instrucción y de escuelas para la juventud, son causa de mucha ignorancia en todos... (Abbad 193).

O'Reilly: ...en toda la isla no hay más que dos escuelas de niños; que fuera de Puerto-Rico y la villa de San Germán pocos saben leer... (Caro Costas 456).

JRJ: Me he encontrado muchas veces a este niño pobre de Puerto Rico por los caminos difíciles de su primera vida, en la ciudad y en el campo; le he detenido ante mí, me he detenido ante él y le he preguntado qué era lo que más le gustaba. Casi siempre me ha contestado: «Un libro» (103).

Las razas

Abbad y Lasierra: A los europeos llaman blancos, o usando de su misma expresión, *hombres de la otra banda* (Abbad 181).

JRJ: Los blancos aquí, son, somos sin duda «lo otro» (66).

El carácter de los habitantes

Abbad y Lasierra: De esta variedad y mezcla de gentes, resulta un carácter equívoco y difícil de explicar, pero a todos convienen algunas circunstancias que podemos considerar como características de los habitantes de Puerto Rico: ...la soledad en que viven en sus casas de campo, los acostumbra al silencio y cavilación... (Abbad 183).

JRJ: En Puerto Rico nadie escucha. Todos hablan al mismo tiempo y cada uno lo más alto que puede... (84).

¿Dónde puede verse una humanidad tan variada, tan ágil, tan movediza y tan en su sitio? (41).

La variedad del tipo humano es aquí, en San Juan, extraordinaria. Lo negro abunda y se impone con tipos de una calidad imprevista... Se ve mucho lo ejipcio... abunda lo gitano en un secreto Albaicín segundo. Mucho cobre humano... (66).

...el pueblo puertorriqueño, tan amigo de la tragedia como demuestran diariamente sus periódicos... (55).

...jente de estilización definitiva, que no cambia ya por nada (48).

El vestido

Abbad y Lasierra: El vestido que usan los hombres es muy sencillo, proporcionado al calor del clima, o más bien a cubrir la desnudez; unos calzoncillos de lienzo pintado, largos hasta los tobillos, una camisa de lo mismo, un sombrero de palma o negro con un galón de oro... (Abbad 187).

JRJ: ¡Amigos, esas camisitas y esos calzoncillos norteamericanos con flores y pájaros de todos los colores; esos calcetines cubistas, como las vidrieras industriales que empiezan a invadir estas iglesitas, rompecabezas que hace cualquiera y que, sobre todo, cualquiera deshace; esas corbatas sobrerrealistas baratas, con constelaciones, árboles y nombres!) (42).

La religión

Gonzalo Fdz. de Oviedo, Historia general y natural de las Indias. Libro 5, Cap. 1: Que trata de las imágenes del diablo que tenían los indios y de sus idolatrías, y de los areytos y bayles cantando... (Caro Costas, 40).

JRJ: Puerto Rico está llenándose de estas posibilidades religiosas inmanentes norteamericanas (54).

...aumentan las disidencias católicas gradualmente (56).

El clima

Melgarejo: La ciudad de Puerto Rico es tierra sana, comúnmente andan los hombres con buenos colores... (Caro Costas 170).

JRJ: Llegué muy enfermo, pero hoy me encuentro mucho mejor y puedo trabajar todo el día y, a veces, toda la noche, como en mis tiempos mejores. Mi mujer, que también sufrió una seria enfermedad, aquí se ha beneficiado mucho con este ambiente puertorriqueño, esta savia atmosférica... (108). Algo de resurreccionista ha tenido siempre Puerto Rico para mí... (70).

Las estaciones

Diego de Torres Vargas: ...en el temperamento y calidades se adelanta mucho a todas las islas de Barlovento, porque goza de una perpetua primavera sin que el calor ni el frío llegue a sentirse de manera que aflija ni descomponga la naturaleza, a cuya causa viven los naturales largos años... (Caro Costas 319).

Melgarejo: El temperamento de la ciudad de Puerto Rico y su comarca, que casi es el de toda la isla, es muy bueno y casi todo el año es uno, excepto diciembre y enero, que reconoce el tiempo a invierno, entre año no es muy caluroso... (Caro Costas 166).

JRJ: Una de las bellezas más verdaderas y señaladas de Puerto Rico, del trópico bajo, es la fusión de las estaciones del año... El esquisito color de Puerto Rico depende, sin duda, de la simultaneidad de las estaciones. Otoño y primavera, y verano en una y constante estación (85).

Las brisas

Abbad y Lasierra: Los vientos generales en esta Isla son los del este, que llaman *brisas*, los cuales son sin duda alguna impelidos por el calor del sol. A las nueve de la mañana, cuando este astro ya tiene fuerza, empieza a rarificar el aire, obligándolo a soplar hacia el poniente... (197).

JRJ: En este Puerto Rico he sentido, como en parte alguna, este deleite de la brisa suave y fresca en los labios tibios, calientes o secos. Despierto o dormido (91).

La humedad

Abbad y Lasierra: Los mismos agentes que fecundan y disponen esta tierra para tan pasmosa variedad de producciones, son la causa física de los terribles fenómenos que suele experimentar y arruinarla en pocas horas... Esta humedad excesiva trae igualmente otras malas consecuencias... (196-97).

JRJ: Mi primera impresión peor (baja, seca, fea, fatal) de estas bellísimas Antillas, grandes y pequeñas, fué el libro mohoso... Ni el hombre ni el libro resisten el ataque diario, normal, del trópico. La vida exuberante los llena de exuberante muerte (64).

La belleza de la isla

Carta del *Físico Diego Álvarez Chanca* al Cabildo de Sevilla sobre el segundo viaje de Colón (1493): Esta isla es muy hermosa y muy fértil á parecer... Todas estas islas fueron descubiertas de este camino, que hasta aquí ninguna dellas había visto el Almirante el otro viaje, todas son muy hermosas é de muy buena tierra; pero ésta pareció mejor á todos... (27).

JRJ: ¿qué tiene Puerto Rico para mí? Una situación encantadora de paraíso en medio del mar; un paisaje de montaña, valle y llano, de color y luz maravillosos, suficiente todo y que le da valor profundo... (71).

Las casas

Juan Ponce de León y Antonio de Santa Clara: La forma y edificio de las casas de la ciudad de Puerto Rico son algunas de ellas de tapicería y ladrillo, los materiales con que se hazen las dichas casas son de barro colorado, arenisco, y cal y tosca de piedra; házese tan fuerte mezcla deste, que es más fácil romper una pared de cantería que una tapia desta... (Caro Costas 180).

Abbad y Lasierra: La construcción de las casas es tan varia como las castas o clases de sus habitantes. Las de los españoles y ciudadanos acomodados están hechas de cal y canto, cubiertas de teja, algunas tienen el techo de azotea... Las casas que habitan los mulatos y gente de color son de tabla y vigas... Los negros y gente pobre forman sus casas a esta misma idea, aunque más groseras y reducidas... A estas casas llaman *bujios*... (Abbad 99-100).

JRJ: La casa delgada de aquí, madera cimentada en madera, techada de madera o de lata, debilita la misma naturaleza. España, con sus altos castillos eternos, su normal casa sólida, su piedra familiarizada, se me representa desde aquí más tremenda que nunca (69). De la arquitectura sólo lo español vale: murallas, casas, vale y significa (971).

Los edificios públicos

Abbad y Lasierra: En cuanto a los edificios públicos se puede decir son el fruto de los esfuerzos de un pueblo, que... se aplica a aprovechar este tiempo favorable para hermostrar su patria. Considerados bajo este punto de vista, se ve en ellos un aire de magnificencia y hermosura.

JRJ: Enfrente tenemos el Presidio Insular, detrás el Sanatorio Insular para Tuberculosos y a los pies el Cementerio de Río Piedras. Los edificios estos son los mejores de toda la isla y el Presidio concretamente es como un palacio real. [Nótese el juego de palabras, ya que el edificio es de concreto].

Como todos los cronistas, el poeta escribe también sobre lugares y vistas: «la cumbre de el Yunque: azul, gris, violeta, velado, turbio, radiante, siempre con nubes de alguna clase» (75). Describe con humor su barrio donde «convivimos en república casera» con los locos, los presos y los muertos.

Pero con todo y eso, ésta es una crónica nueva, *juanramoniana*, porque el poeta ha cambiado y enriquecido el género. El elemento humano le interesa más que el

paisaje o la naturaleza: «Lo primero para mí en la vida es la humanidad circundante» (108). Los antiguos cronistas no se ocupaban de los niños como Juan Ramón hace con enorme cariño en «Niños ciegos de Río Piedras», ni surge en ellos la metáfora incontenible del poeta. Juan Ramón infunde poesía en la crónica, y pasión poética en la forma apelativa al dirigirse a la Isla de la Simpatía: «Ten cuidado con tus Cristos, no se te escapen, Isla de la Simpatía» (60); «Tierra de Puerto Rico, estoy mirándote...» (89). En la crónica juanramoniana surgen el simpático humor y la suave ironía. La imaginación poética metamorfoseante convierte a los caminantes en las calles de Río Piedras y Hato Rey en «Conocidos reconocidos»: gitanos de su Andalucía y en personajes de la Biblia y ángeles, que le hacen pensar que «Algunos días me parece que estoy en el cielo». Y Juan Ramón es mucho más que observador en Puerto Rico. Interpreta la realidad puertorriqueña y se profundiza en ella con percepción admirable. No es difícil entrever en sus comentarios sobre la fragilidad de la vivienda y la construcción en concreto del presidio una sugerencia sutil de la necesidad de concretarse, si la isla quiere salir de un estado de interinidad. Cuán acertada su caracterización de los puertorriqueños como «jente de estilización definitiva, que no cambia ya por nada» (48), que bien puede explicar por qué el pueblo de Puerto Rico ha podido mantener su lengua española y su cultura durante casi un siglo bajo la bandera norteamericana.

Dice Juan Ramón que por el moho «todos los libros, mis libros tenían un siglo de existencia, eran de otra rara época, de estraña jente anterior» (cita fechada en 1937-39 [64]). No por el moho, sino por su aire de crónica de Indias puede decirse que sus escritos en Puerto Rico tienen no uno, sino hasta cuatro siglos y medio de existencia, porque son en el fondo crónicas. Pero algo especial le ha pasado a este cronista poeta Juan Ramón —ha quedado fascinado por las sirenas que describe: «Yo creo que es fácil que todos los hombres pierdan aquí la cabeza con estas sirenas del trópico, marinas y terrestres de todos los colores, olores, gustares, tocares y sabores» (87). En su hermoso canto a Puerto Rico en «Corazón, piedra para la onda» confiesa:

Yo he pasado por aquí y he sido parte de esta historia. Pero ahora lo estoy presintiendo y soy partícipe y testigo de este suceso que está ya ocurriendo en lo más destinado de lo venidero. Estoy en medio del destino de Puerto Rico... yo te doy mi pleno corazón para tu onda (88-89).

A diferencia de los cronistas de antes, el poeta cronista de Moguer ha quedado gustoso cautivo de la isla que bautizó y que amó como Isla de la Simpatía.

ODÓN BETANZOS PALACIOS, JUGLAR

Si Juan Ramón fue en Puerto Rico cronista, Odón Betanzos es en Nueva York el juglar de romances. Los sefarditas fuera de España conservaron sus romances antiguos; Betanzos fuera de España los crea nuevos. Cultivador sin par del mester de juglaría, es el ejemplo perfecto de lo que dice Menéndez Pidal acerca de la persistencia de la tradición juglar que:

...ilustra en tiempos posteriores el carácter muy arraigado en la literatura española, ya que ésta se distingue por mantener, reelaborar y perfeccionar vie-

jas tendencias juglarescas, en temas, en estilo, en versificación, recordando a menudo, aun bajo formas de arte muy progresadas, los tiempos en que el juglar había sido el primer iniciador de poesía moderna (252).

Difícil tarea ser juglar de España en Nueva York. Más fácil es ser observador o cronista, enfocar en el nuevo medio, como hizo Lorca en su *Poeta en Nueva York*. España es el país del romancero, así que para el español fuera de España escribir romances es un modo de guardar la patria ausente en su «castillo interior», imagen que Betanzos parece sugerir en un poema de 1959, en que la palabra «roce» resulta ser una sutil e irónica evocación de su Rociana natal:

Hay un roce de mundo nuevo que por su lado se mueve,
pero hay una torre en su alma que lo está defendiendo
(«Saudades» en *Resaca, Santidad* 279)

En una entrevista en *ABC de las Américas* en 1976, Betanzos confesó: «hace más de veinte años que vivo en Estados Unidos, pero yo nunca he salido de mi tierra, de Rociana».

Tras varios viajes en la Marina Mercante a Nueva York, donde conoció a la que es su esposa, Amalia, Betanzos, se establece allí en 1956. Su primer empleo en la ciudad es como redactor en *La Prensa*, diario de los Camprubí, familia emparentada con la esposa de Juan Ramón. Contribuye notablemente a la vida cultural hispánica de la metrópoli como co-fundador de la editorial Mensaje, fuerza motora del Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos, co-fundador y ahora Director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, además de catedrático de literatura.

Aunque el poeta lleva cuarenta años de residencia en Nueva York, esta ciudad está casi ausente de sus versos, y cuando aparece, es sólo una ciudad innombrada y genérica, un vago «aquí» contrastado con un «allá» anímico en *Poesía de las eras cuadradas*, de 1956:

Desde el rascacielo agudo,
desde los simétricos cementerios,
¡ay! desde las campanas interrogantes
vivo mi mundo.
Desde el pueblo que pare y la razón que lo alimenta;
allí estoy y aquí estoy,
con la cara sencilla y la mente afilada.
(*Santidad* 238, subrayado mío)

Asimismo surge en un poema «Saudades» en *Resaca*, 1959, con relación a un «mozo», sin duda alter ego del poeta:

... detrás de las nubes
las moles de hierro,
y el allá se presenta en otro idioma
y con otra civilización.
(*Santidad* 279)

Y después de treinta años de residencia en Nueva York, la ciudad aún aparece sin nombre, ya no contrastada con tierras españolas, sino como motivo de insatisfacción y soledad, como en *Poemas del hombre y las desolaciones* (1986):

Estoy solo en la inmensidad de las ciudades;
 un dolor alma arriba me asfixia y me sumerge...
 Gente, gentío, modas tristes; mundos decadentes.
 Estoy solo, agobio, intensidad, rotura.
 Vuela un dolor, se desarticula un instante,
 novedades de las injusticias:
 roto alma arriba, sufriente, alto de los pensamientos.
 La ciudad tiene forma de desequilibrio,
 las proyecciones ciegas se desarticulan en arbitrariedades.

Por la ciudad grande, por los palacios de las discordias,
 por los rascacielos del cosmos.
 Ven, no paloma sino ilusión con alas;... (26).

Queda claro que la geografía de su poesía comienza y termina en su pueblo. El poeta, por la magia de sus versos, logra estar en dos lugares a la vez, como dice en el verso anteriormente citado. «allí estoy y aquí estoy». Pues ¿quién no recuerda el dolor del exilio del Cid cantado en romances viejos inspirados en los cantares épicos?

En el cuarto poemario, 1954, *Pueblos y almas*, Betanzos rinde tributo a su pueblo de origen. «Mi pueblo me hizo a su medida... Me hizo de viña y cante jondo, / de filosofía tierna y filosofía ancha» (105). La geografía poética incluye a Andalucía, Huelva, Almería, Badajoz, Villanueva, Mairena del Alcor, Sevilla y Madrid, además de Nápoles, Cuba y Santiago. El poema cumbre es «Rociana de ayer», de 1954, en que ve a Rociana como cadáver, pero con brazos, risa y cara buena.

¡Ay Rociana de mi amor más grande,
 y de mi sangre mezclada con tu cara buena!
 (*Antología* 200).

Canta a Rociana en el poema «Ora la fuente» (1971), de *Hombre de luz*:

Rocío, aire del aire.
 Rocío de mi rociana,
 pasión de rociánas
 (*Hombre de luz* 237).

No obstante, son pocas las menciones de Rociana porque a partir de *Conciencia y reforma* (1962) aparece poetizada, transfigurada y con nombre nuevo, y a la vez viejo, siendo el de Huelva en la época romana: «Onuba». Dice el poeta: Yo te haré, Onuba, / porque los mapas no te hicieron (356) y habla de «mapa de Onuba y de España» (*Santidad* 372). Pero la relación es clara: «Qué rocío más rocío, Onuba» (*Santidad* 354). El poeta habla de «Onuba la negra» (*Santidad* 360) y «Onuba la blanca; la marinera» y la verde» (*Santidad* 369), pronosticando un pueblo nuevo: «un nervio nuevo / y una salud auroral» y una resolución: «la simbólica, la mala, / pero que ya es buena» (*Santidad* 474). La compenetración del poeta con Onuba es tan completa que llega a ser lo que el geógrafo norteamericano John Kirtland Wright llama geopiedad, que comprende las sensaciones de armonía y reverencia que siente el ser humano ante una geografía particular. Este sentimiento aflora con gran belleza en la primera parte de *Conciencia y Reforma*, titulada «Aires de Onuba... y de España» con la tristeza de un suspiro:

¡Ay, Onuba! Tus mañanas,
y tu Rábida.
Tu Colón flojito
y tu línea blanca.

(*Santidad* 353).

Y como el «último suspiro» del rey moro del romancero que se despidе de Granada, en el poeta vemos:

Aquel suspirito
de malva.
Aquel suspirito
de agua.
Aquel suspiro de agua,
suspiro de España.

(*Santidad* 353)

Y el poeta se dirige a la Onuba lejana de su recuerdo y a la Onuba nueva que ha recreado en el mapa de su verso con un caudal de ternura: «Ven aquí Onuba, / espejo mío, / almilla de mi alma» (358).

En la segunda parte de *Conciencia y reforma*, «Aires universales», el poeta se proyecta en un entonces futuro regreso: «cogeré el tren por la mañana temprano, / cuando el nazareno de Platero desde Moguer me vea» (*Santidad* 374). Profetiza así en 1962 su reunión con el pueblo:

cuando mi corazón se esté acostumbrando,
y cuando mi amor quiera florecer por mi raíz
y empiece todo aquel pueblo a agarrarme
y a quererme...

(*Santidad* 375)

Una década más tarde, en *La mano universal*, Onuba se convierte en «Odonuba», combinándose así con el nombre del poeta, Odón. En el título «De Odovivo a Odonuba», el poeta conjura la visión del pueblo renacido, Odovivo (cuyo nombre sugiere el de Odón vivo): Te quiero ver y te veo, / te veré, nos veremos, nos vemos, nos guardamos». Odovivo está infundido con el espíritu de su pueblo natal, Odonuba, que 'le dio su fortaleza, el alma y una raza', a tal punto que lo lleva en su nombre:

¿Qué más le dio el pueblo al hombre?
Odonuba lo llenaba, le trasegaba el recuerdo.
Odovivo se llama,
se llamó por su tierra.

Esto del nombre no es cosa ligera. El nombre se liga con la esencia y la nascencia. Dice Miguel en el poemario *Cristobalo-Miguel* (1961): «Es muy difícil decidir por mi nombre. / Yo te pido, Dios, que decidas por mí» (*Santidad* 345).

El nombre Odonuba es la poetización de Rociana y de Huelva que en el «hombre» anónimo que es sujeto de la narrativa romancesca obra el milagro geopiadoso, aunque sea de índole anímica: «Resucitó cien veces / y cien veces en Odonuba se encontraba». Y asume una dimensión a la vez épica y afectiva que recuerda las evocaciones de «Granada la bella» en los romances antiguos:

Odonuba se llamaba el sitio, Odonuba se llamaba...
 Odonuba el sitio, girasol de las peonadas,
 manantial de los campos.

España aparece en su «Canto a España» de 1957 vinculada con Rociana o con una geografía más amplia. Es más que un lugar geográfico para el poeta; es su inspiración geopiadosa:

Grande la tierra
 amplitud daba al mapa.
 (Santidad 561)

Iba el hombre
 con su imagen dormida
 y con sus ojos en dos luces.
 Emoción de la tierra
 por el alma adentro,
 Dios y Eternidad.
 Geografía y recuerdo.
 (Santidad 562)

Todo el llano universal de la tierra
 se hizo geografía de amplitud,
 la España llana
 España ancha, y larga,
 y dividida.
 España geografía
 y España sentimiento.
 (Santidad 563)

Cuando los puntos de referencia geográfica no son Rociana ni Onuba/Odonuba, ni España, se extienden a los espacios universales. Es una tendencia progresiva aparente en el título de *Geografía y eternidad*, de 1967 y parece culminar en *Poema del hombre y las desolaciones* de 1986. Sin abandonar nunca el tono del romancero español, Betanzos amplía su radio al mundo, el cosmos, la Tierra (con mayúscula), el universo, las nubes, el firmamento, el planeta y «el confín de los confines» (*Poemas* [1986] 17). En *La mano universal*, la aventura de la triste Tierra también se vuelve romance en «El quejido del mundo».

Los poemas de Betanzos, aun cuando su geografía no es la de España, evocan el cantar de gesta y de juglaría por los rasgos formales del género, verbigracia, la preferencia por el octosílabo, el uso de dos hemistiquios equilibrados (i.e., «Tensiones del mundo, gargantas sedientas, / luces que no llegan, palabras sin sonidos» [*Poemas* 21] y, en muchos poemas, la rima asonantada. Priva el tono sobrio de los romances tradicionales del juglar antiguo en contraste al tono más lírico y popular del *Romancero gitano* de Lorca.

Evoca el romancero también en los poemas de Betanzos el carácter marcadamente narrativo, de relación e historia contada, como evidencian los títulos: «De cómo la muerte vino a verme y de las cosas que me dijo» y «La muerte le venía seria» que traen ecos de aquel famoso romance de «El Enamorado y la Muerte»; «El mundo que dejó de ser mundo», «Del amor que espera y se quedaba en el corriente», «La niña que tenía libertad en los ojos» y «La paloma volvió a la vida». En la narra-

ción poética surge a veces la dimensión épica del romance con el empleo de números redondos y desmesurados, como en estos ejemplos de *Poemas del hombre*: «diez siglos esperó» (150); «Ven, millones de brazos...» (28), «millones de luces» (20), «cien dobleces, dos millones de superficialidades» (29). Así en antiguos romances encontramos «los trescientos hijosdalgo» en un romance del Cid y «trescientas damas» que acompañaban a doña Alda: «las ciento hilaban el oro, / las ciento tejen cendal, / ciento tañen instrumentos...». Y para animar la narrativa, el elemento dialogal, con preguntas, exclamaciones, y apelaciones repetidas. Ejemplos abundan hasta en los poemas recientes de 1986, como el que comienza: «Llueve, hijo, llueve la muerte / gotas de desgracia» (*Poemas* 16) y otro, que dice: «ven, ven pronto» (*Poemas* 28). O la repetición equilibrada: «sedienta de amor, sedienta» (*Poemas* 21). Del romancero es la resonancia del epíteto usado en serie o sucesión: «La niña de la libertad cerrada, flor de vida, alma alada» (*Poemas* 32).

Los personajes que pueblan los poemas de Betanzos son héroes romancescos, como Pedro Pardo, el varón de bronce (1956), Cristóbal-Miguel y los Perfiles de las muertes sombras (1963) o seres humildes, pero de talla épica como el huérfano Luisillo y el perro Chispa, «pardo claro. / Pardo como la tierra, / pardo canelo como / la aurora nueva» (*Santidad* 395); Federico el de Trinidad, «claro de figura y de voz mellada» (*Santidad* 380); y el padre del poeta, «Manolo Betanzos / bravo como un jabalí, / bueno como el pan bazo» (*Santidad* 387).

Los personajes genéricos de Betanzos asimismo recuerdan el género romancesco. La preocupación por la gente humilde y anónima, aparente en su primera antología, perdura aún en *Poemas del Hombre* y *las Desolaciones* de 1986, en la aventura «Del niño solo y la miseria en los ojos» que «Por la estepa va; por los ángeles viene», «El hombre de los templos», «La niña indefensa», «el niño solo», y a veces adquieren proporciones colectivas: «El hombre que es yo, él, nosotros».

Del romancero es la costumbre de retratar a los personajes en un medio conflictivo; así vemos la santidad contra la guerrería, al buen Altamiel y los malos Hombres de azufre, el «hombre de luz» y el «hombre del odio». Menéndez Pidal nota que los «juglares primitivos cantaban, como vemos, luchas interiores de las familias señoriales castellana[s], venganzas feroces, guerras intestinas, aventuras de traición y de infidelidad, o de amor y honra» (177). El tipo de romance que vemos en Betanzos, sobre todo en *Santidad* y *guerrería*, es el breve de los siglos XV y XVI que describe Menéndez Pidal como romances épico-líricos que se detienen en una situación o episodio de esa acción, desarrollando los sentimientos o impresiones que suscita. Pero estos romances de Betanzos conservan la estructura de los que se originaron en la epopeya y formaron ciclos, como los romances que pertenecen a los ciclos en torno al Cid, el rey Rodrigo, Bernardo del Carpio o los siete infantes de Lara. Esta estructura de ciclo se advierte, por ejemplo, en *Perfiles de las muertes sombras*, *Hombres pardos*, *Pedro Pardo*, *el varón de bronce*. No me refiero aquí a la visión cíclica del mundo y la vida que Padilla Valencia encuentra en la poesía de Betanzos (29-34) sino a la del ciclo estructural, de romances en torno a temas o personajes.

Menéndez Pidal señala el carácter histórico del género: «De este modo los juglares continuaban cultivando la poesía narrativa histórica como los antiguos juglares de gesta, aunque en forma mucho más breve y en estilo bastante transformado» (232). Los romances de Betanzos relacionados con la Guerra Civil del siglo XX recuerdan los romances sobre las guerras intestinas de Granada, como, por ejemplo,

el de «La pérdida de Alhama» que habla de los Abencerrajes y la pérdida de Granada. Suplen lo que no dice la historia grande porque, como expresa Betanzos «ni el cronista, descifrador de los días, dejó la ajustada constancia» (*Poemas* 19). Menéndez Pidal nos recuerda que los juglares españoles se ocuparon de los asuntos de la historia actual (183); así también lo hace Betanzos, poeta historiador. Pero al mismo tiempo, el romance en el poeta onubense recoge todos los matices del género tradicional, que se desarrolló en variadas formas: el romance heroico (*Pedro Pardo, el varón de bronce*), histórico (*Perfiles de las muertes sombras*), novelesco (*Luisillo*) y lírico (*Cantos, Cancionero del yo*), y les imprime el sello de su propia experiencia de hombre del siglo XX, español y global, que no quiere ver «la casa en ruinas y el mundo cenizas» (*Poemas* 23).

Damos como ejemplo del más perfecto romance de corte «clásico» este fragmento del poema sobre «Tinto-Odiel y la Rábida» en el poemario *Pleamares (Santidad 37)*:

Dos ríos están danzando
en la puerta de un convento.

Luce que luce lo blanco,
brilla que brilla lo negro,
chocan de pronto y se abrazan
en la puerta de un convento.
¡Sal!, ¡Sal, padre franciscano!,
tus ríos se fueron lejos.
¿Los ves bañarse en las aguas?
Míralos desde el cabezo.
Trozos de ríos en las aguas
a flote se van subiendo.
¿Los ves, padre franciscano,
allá perdiéndose lejos?
Ponle tu sayal oscuro,
deténlos con unos rezos,
con casco de nao antigua,
con estandarte de un reino.
Mira, padre franciscano,
tus ríos muertos de miedo
dibujan fuentes de mares
con un color de conventos.

Dos madres para dos ríos,
los dos varones de cuerpo.
Uno bronco, de martillos,
de cobre, de peñas, de hierro...

(*Santidad 37*)

Se pueden apreciar en el poema entero todos los rasgos que señala Menéndez Pidal (181-82): apóstrofe, abandono de la objetividad mediante exclamaciones, interrupción en partes o cantares.

Otro rasgo tradicional del romance es la expresión del deseo de la salvación, que Betanzos transforma en profecía, por ejemplo: «¡Dios de los tiempos, almas encuadradas!» (*Antología* 473), «entonces y no antes será el día, / día eternal de

las nacencias» (*Antología* 486), «Camina tu eternidad. / Amanece de nuevo» (*Antología* 497). Y ante la amenaza de «El alba cero» (1969) la salvación se vuelve tarea urgente: «Llegó la hora, rezar, morir / ilusionar la hora, levantar los nervios».

El romance en Betanzos es local y universal. El juglar antiguo incluía detalles del itinerario, «revelándonos la tierra que había recorrido o la que le era más familiar», como en el Poema del Cid las tierras de Castilla a Valencia (Menéndez Pidal 182).

El juglar moderno Betanzos no está sujeto ni a la geografía de su itinerario personal ni al pasado histórico. El tiempo tiene su propia dimensión: pronóstico o profecía que es a la vez futuro y pasado, como en «El alba cero» (1969): «Llegó la hora, rezar, morir / ilusionar la hora, levantar los nervios...», «El día vendrá...», «El día si viniere...». Se confunden ayer, ahora en el tiempo histórico, presente, futuro e intemporal del romance nuevo de Betanzos. Y como aquel romance fronterizo inconcluso de la «mora Moraima», la del «bel catar», que nos deja suspensos cuando abre la puerta ante el peligro, o como aquel otro tan famoso del Conde Arnaldos que nos invita a contemplar el misterio, los romances del poeta moderno nos enfrentan a la «sombra de los misterios», porque «ya es hora, hombre, ya es la hora» (*Santidad* 288).

No debe parecernos extraño que el romance surgiera con tanto vigor en el poeta onubense en Nueva York. Es un género nacido en tiempos de conflicto, cuando «grandes guerras se publican / en la tierra y en el mar» (Romance de la Condesita) y nutrido por la circunstancia y el dolor del destierro. ¿Sería menos dolorosa la separación de Betanzos de Rociana que la del Cid de Burgos o el rey moro de Granada? Y al lado de los romances que cuentan historias de traiciones y de asesinatos, hay romances de esperanza, perdón, paisajes hermosos y sentimientos nobles. ¿Qué ejemplo más alentador (e irónico) para el juglar español en América en los años 50 y 60 que el romance que describe el regreso del Cid, cuando reclama el rey Alfonso: «que la honra del Cid es mía / y es honra de España entera».

Menéndez Pidal afirma que a los juglares les corresponde el mérito «de ser los verdaderos creadores de las lenguas literarias modernas, porque se llega a estimar sólo los mayores esfuerzos de excelsos artífices posteriores» (241). «Fueron los juglares primitivos quienes más empeñadamente riñeron la primera batalla, penosa y decisiva, para elevar a lengua artística las rastreras expresiones cotidianas, inexpertas de toda aspiración poética» (244).

La descripción que ofrece Menéndez Pidal del procedimiento del juglar de buena ley que escribe para un público complejo, pero no plebeyo, parece escrita para la obra poética de Betanzos:

No toma las actitudes apartadizas de un espíritu demasiado singular o ansioso de singularidad, las cuales sólo pueden ser compartidas por unas pocas almas afines; no penetra con preferencia en senos recónditos de la sensibilidad; es sobrio en digresiones descriptivas; descuida demasiado los análisis psicológicos; no acumula exquisiteces, aunque no las rechace; y en cambio pone mayor atención en los estados del alma más generales, que a todos pueden interesar por tener un valor humano universal; procura ante todo ahondar en las emociones y sentimientos que maneja, haciéndoles destilar gotas esenciales; se afana en el vigor de la concepción, en la grandeza del plan, tendiendo así siempre a robustecer en sus fundamentos la belleza más íntima y permanente de la obra (244).

Betanzos lleva el romance antiguo, género cambiante y dinámico, a sus máximas posibilidades modernas, como hizo Juan Ramón Jiménez con la crónica de Indias.

OBRAS CITADAS

- ABBAD Y LASIERRA, Fray Agustín Iñigo: *Historia geográfica civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*, Río Piedras: Ed. Universitaria, 1959.
- BETANZOS PALACIOS, Odón: *Antología poética*, Rociana del Condado [Huelva]: Fundación Odón Betanzos Palacios y Excm. Diputación Provincial, s.f. [1994].
- *La mano universal*, NY: Ed. Mensaje, 1985.
- *Poemas del hombre y las desolaciones*, Barcelona: Ediciones Ronda, 1986.
- *Santidad y guerrería*, Nueva York: Ed. Mensaje, 1968.
- CARO COSTAS, Aída R.: *Antología de lecturas de historia de Puerto Rico (siglos XV-XVIII)*, 3.^a reimpresión, Sto. Domingo: Editora Corripio, 1987.
- DÍAZ QUIÑONES, Arcadio: «Para llegar a la Isla de la Simpatía», en Juan Ramón JIMÉNEZ: *Isla de la simpatía*, 11-29.
- GUTIÉRREZ DEL ARROYO: «Ideas, sentimiento y motivaciones en la colonización de Puerto Rico», en CARO COSTAS, 193-97.
- IRIZARRY, Estelle: «Cristóbal Colón, escritor», *Hispania*, 75 (1992), 784-94.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón: *Isla de la simpatía*, Presentación de Arcadio Díaz Quiñones; edición de Arcadio Díaz Quiñones y Raquel Sárraga; Río Piedras: Ediciones Huracán, 1981.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Poesía juglaresca y juglares*, 6.^a ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1969.
- PADILLA VALENCIA, José María: «Introducción»; en Odón BETANZOS PALACIOS: *Antología poética*, 7-179.
- PREDMORE, Michael P.: *La obra en prosa de Juan Ramón Jiménez*, Madrid: Gredos, 1975.
- WRIGHT, John Kirtland: *Human Nature in Geography*, Cambridge: Harvard University, 1966.